

MÉXICO<sup>1</sup>

Niceto de Zamacois\*

*A mi amigo y distinguido poeta  
don Manuel Bretón de los Herreros*

Italia tiene una Venecia, esa bellísima ciudad reclinada sobre una alfombra de fragantes flores, acariciada por auras embalsamadas, cobijada por un pabellón de lucientes nubes que oscilan en un cielo purísimo y risueño, bañada por las transparentes linfas del Adriático. Inglaterra tiene a Londres, envuelta en las espesas brumas del anchuroso Támesis. Francia tiene a la bulliciosa París, ciudad de la Ilustración y de la galantería, situada a las orillas del Sena, que la divide en dos partes, reina del mundo engalanada con las joyas conquistadas a la Europa entera, la petimetra del orbe que extiende su dominio en letras y modas de un polo al otro de la Tierra. España tiene a Madrid, embellecida con su magnífico Retiro, su incomparable y majestuoso Prado donde se eleva el admirable museo de pinturas que no reconoce igual en el mundo, y ostentando por todas partes la riqueza y el gusto de una nación que fue la dominadora de los dos mundos. Pero si Italia tiene su Venecia, Inglaterra su Londres, Francia su París y España su Madrid, México tiene a la capital que lleva su nombre, a la antigua Tenochtitlán, rico florón de la joven América, hermosa hurí coronada de fragantes flores, muellemente reclinada en un valle de figura oval que cuenta dieciocho leguas de largo y doce y media de ancho, cubierto de flotantes jardines o *chinampas*, pintorescas aldeas escondidas entre la espesa enramada de los frondosos árboles que jamás

1. Actualmente, cuando la desagradable diferencia entre España y México llama la atención pública hacia aquel hermoso país, conquistado y colonizado un día por nuestros mayores, hoy constituido en república independiente, conocido en lo antiguo por las obras de nuestros buenos escritores, pero hoy desconocido casi completamente entre nosotros por la sensible incomunicación en que las vicisitudes de los tiempos nos han tenido largos años; actualmente, decimos, cuando el progreso de la época ha cambiado la faz de las naciones, creemos que agradará a nuestros lectores la serie de artículos y grabados que hoy comenzamos a insertar acerca de la moderna México, sus grandes monumentos, bellas producciones, usos y costumbres de sus habitantes. Estos artículos, debidos a la pluma de un español, tienen sin embargo todo el sabor mexicano. Su autor, don Niceto de Zamacois, que hace solo seis meses llegó de aquel país, ha residido en él largo tiempo y ha tenido ocasión de ver y admirar todo lo que describe con bien cortada pluma. El nombre del señor Zamacois como escritor es ventajosamente conocido en México, donde ha publicado varias obras justamente apreciadas de los mexicanos inteligentes. (*Nota de la redacción.*)

\* Niceto de Zamacois, «México», *El Museo Universal*, I, núm. 13 (15 de julio de 1857), pp. 97-99. IIs. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003373480&search=&lang=es>  
Parte de este texto se reproduce después en «Exaltación de la ciudad de México. La gran perla de América», en *El capitán Rossi. Novela histórica original*. México: Imprenta Literaria, 1864, vol. II, pp. 437-444.

se despojan de sus verdes hojas, de floríferas praderas y de majestuosos bosques, valle delicioso y encantador donde se ostentan, como otros tantos espejos del cielo, los grandes y pintorescos lagos de Chalco, Zumpango, San Cristóbal, Texcoco y Xochimilco; y donde los pueblos de San Ángel, San Agustín de las Cuevas, Tacubaya, Mixcoac, La Piedad, Santa Fe y otros cientos que, cual lisonjeros, ricos y serviciales cortesanos rodean a la hermosa emperatriz de la risueña América, manifiestan en su exuberante fertilidad la predilección con que la Providencia miró este rico suelo donde reina una eterna primavera.

Situada México, que en lengua mexicana significa *fuentes* o *manantiales*, aunque algunos creen que tal nombre se deriva de uno de los ídolos que trajeron sus fundadores llamado Mexitli, dios de la guerra; situada, repito, en ese extenso valle de vigorosa y variada vegetación, notable por sus deliciosos jardines, sus feraces haciendas y hermosa campiña siempre matizada de variadas flores, presenta una vista la más pintoresca, la más sorprendente, la más risueña que jamás ciudad alguna presentara al viajero. Colocada en la zona tórrida, a dos mil doscientos setenta y siete metros sobre el nivel del mar, elevación que la liberta del excesivo calor, haciendo que ninguna de las estaciones sea sensible ni penosa, reúne la incomparable ventaja de presentar constantemente una temperatura templada, un clima saludable y dulce que está en completa armonía con el hermoso panorama que le rodea, y con el limpio, transparente y claro cielo que, cual luciente pabellón de gasa azul, le sirve de lucífera techumbre. México, la antigua Tenochtitlán de los valientes aztecas, con sus siete espaciosas calzadas enladas y orilladas de frondosos olmos y álamos que forman otros tantos soberbios caminos que conducen a la grandiosa ciudad; con sus ciento quince magníficos templos elevados al Señor, cuyas gigantescas torres descuellan por encima de los espaciosos edificios que la engalanan; con el variado paisaje que la circunda; con los numerosos pueblecillos que a cortas distancias se ostentan; con sus canales y su majestuoso lago de Texcoco cubierto de una nube flotante de densos vapores que, levantándose de su superficie como un gran velo acariciado por las auras, oculta la base de los nevados y altivos volcanes de Popocatepetl y de Iztaccihuatl, es la capital más hermosa y pintoresca del mundo, cuya vista sorprende agradablemente al europeo que descubre en todo lo que a ver alcanza un carácter nuevo, desconocido, que lleva el sello de la originalidad que forma la fisonomía de ese país virgen, exuberante y encantador, donde la tierra vigorosa produce ciento por uno el trigo, ciento cincuenta el maíz y doscientos por uno el arroz. Cuando el asombrado viajero, al acercarse a esa gran ciudad, tiende los ojos desde alguna eminencia por los objetos que le rodean, no puede formar una idea exacta de la extensión de México; pero la brillante blancura del conjunto, la regularidad y solidez de sus espaciosos edificios, las multiplicadas torres de sus numerosos templos en que reflejan los rayos del sol, el considerable número de frondosos árboles que por todas las calzadas extienden su tupido follaje y la admirable arquería de los sólidos acueductos que de considerables distancias llevan el agua a la población, le dan un aspecto y un tono que no se descubre en la perspectiva de ninguna otra capital del Viejo ni del Nuevo Mundo, y que puede desde luego declararse única en su género.

Esa magnífica ciudad, esa gran capital de la República Mexicana, esa incomparable México de quien todos hablan y a quien pocos conocen, y que está situada a los

19° 23' 45" de latitud norte y 101° 25' 30" de longitud oeste de París, es una honrosa página de la historia monumental de ese país que está manifestando en indelebles caracteres y a todas horas la inagotable riqueza de su predilecto suelo; un libro de eternos recuerdos donde cada edificio, cada templo, cada acueducto, cada colegio, es una hoja sublime que forma el más elocuente panegírico de su ilustración, y que da un solemne mentís a los detractores de esa parte, la más bella de cuantas se conocen en el mapa; libro, a la vez que honroso para los mexicanos, glorioso para los españoles que en esas mismas obras monumentales, levantadas en su mayor parte por ellos, dan una contestación elocuente y sin réplica a los implacables enemigos de nuestras glorias nacionales, cuando se empeñan en acusarnos de egoístas, tiranos y rapaces, olvidándose que los ingleses en sus posesiones de la India nada han hecho por el país conquistado, nada por los desgraciados hijos de aquellas regiones a quienes miran mil veces peor que a esclavos, y a los cuales tienen sumidos en la más crasa ignorancia y en la más completa y vergonzosa abyección.

La temperatura dentro de la ciudad es por término medio 17° Réaumur y la que generalmente reina, sin que en el invierno se conozca la dura impresión del frío, ni en el verano ese excesivo calor propio de los países donde las estaciones son extremosas; resultando de aquí esa dulce suavidad de clima que debe considerarse como la eterna primavera ensalzada por los antiguos poetas.

La Providencia, que parece se propuso derramar a manos llenas sus dones sobre esta hermosa capital del Nuevo Mundo, dispuso que, para neutralizar los fuertes calores propios del país en los meses de julio y agosto, cayeran todos los días, y generalmente a una misma hora, dos o tres aguaceros que sirven para refrescar la atmósfera. En estos meses que los mexicanos llaman *tiempo de aguas*, se presenta el cielo limpio y claro por la mañana; pero a eso de las dos de la tarde las nubes se condensan, dejando caer de las tres a las cuatro un torrente de agua, volviendo a quedar otra vez azul, limpio y sereno el cielo. A estos favores de la naturaleza agrega México otra cualidad digna de tenerse en cuenta. Libre la ciudad por la elevación a que está situada de la molesta temperatura de los países de la zona tórrida, tiene a pocas leguas el estado de Guerrero, llamado vulgarmente *Tierra caliente*, donde se da con abundancia la caña de azúcar y todas las producciones propias de los trópicos. Así es que es común ver reunidas en las mesas de México, aun en las más humildes, las frutas de todas las zonas: allí la dulce y exquisita piña luce su amarillo color al lado de la encarnada manzana; el mamey, el zapote y el plátano junto a la ciruela, la pera y el higo; el coco, la ananá, el delicado mango y la reina de las frutas; la dulce chirimoya, al lado de la uva, del albaricoque y de la roja cereza.

Ninguna ciudad del mundo puede competir con México en la regularidad de su forma. Sus calles, que llegan a cuatrocientas noventa, son todas de catorce varas de ancho, rectas todas tiradas a cordel, de manera que de cualquier punto en que se sitúe el observador ve los extremos de la ciudad; bien empedradas en su generalidad y con espaciosas aceras en que pueden marchar con comodidad tres personas de frente. Sus casas todas de piedra sillar o de tezontle (amigdalóide porosa) pueden considerarse como otros tantos palacios tanto por su solidez como por su capacidad. Son generalmente de dos y tres pisos, pero de una misma altura, con balcones de hierro labrado, y

de un aspecto sencillo pero majestuoso. En vez de los tejados que tan triste aspecto dan a las ciudades de Europa, tienen los edificios elegantes y cómodas azoteas que se convierten en otros tantos risueños jardines, colocando en ellas dentro de pintadas maceas y grandes tiestos naranjos, arbustos y toda clase de flores que perfuman el ambiente, proporcionan un desahogo a las familias y ofrecen una vista agradable y pintoresca a los transeúntes. A estas espaciosas casas se entra por una puerta de cuatro goznes que no baja de treinta y seis pies de elevación, y cuya anchura es proporcionada a su altura. Al pasar la puerta, lo primero que se encuentra es un espacioso patio cuadrilátero descubierta en medio para dar claridad y ventilación al edificio que se levanta alrededor. A los cuatro lados de este patio, cubierto por el techo de los corredores o galerías que todas las casas cuentan en el piso principal, se levantan en pintados barriles pequeñas y olorosas limas cargadas de frutas y exhalando una deliciosa fragancia. Frente de la puerta y a distancia de quince pasos, se ve una ancha y cómoda escalera de piedra que conduce a los espaciosos corredores o galerías puestos al abrigo de la lluvia, cubiertos de tiestos de exquisitas flores que los transforman en otros tantos deliciosos pensiles, alrededor de los cuales están colocadas las piezas de la habitación con grandes puertas de hermosos cristales que permiten disfrutar de aquella interesante y pintoresca vista. Por lo regular todos los edificios cuentan con cochera y caballerizas, pues los mexicanos, que son, sin duda, los mejores jinetes que se conocen, no pueden pasar sin tener un buen caballo que montar, ni las familias de una fortuna regular sin concurrir a los hermosos paseos de Bucareli y la Viga en elegantes carruajes.

Entre las plazas públicas, la más notable por su inmensa capacidad es la de la Constitución, conocida vulgarmente por plaza de Armas, en cuyo punto está la majestuosa catedral, toda de piedra sillar, cuyo coste ascendió a dos millones de duros. El palacio, que es tan ancho y espacioso que tiene todas las oficinas pertenecientes al Gobierno, la elegante Cámara de diputados y la no menos hermosa de los senadores, cuatro magníficos cuarteles, y las lujosas habitaciones destinadas al presidente de la república; las hermosas portalerías de elevados arcos llamadas Portal de las Flores una y Portal de Mercaderes la otra, ambas de piedra sillar con excelentes edificios y lujosas tiendas; parte del Empedradillo, cuyas casas pertenecían a Hernán Cortés; la grandiosa Diputación, y uno de los ángulos de la bien provista plaza de Mercado llamada del Volador, en cuyo centro se ve la alta pirámide en que, hasta la administración del actual presidente señor Comonfort, descansaba la colosal estatua de bronce del general Santa Anna.

La planta o área de esta populosa ciudad mide de norte a sur dentro de sus puertas 4.340 varas; y de este a oeste 3.640, teniendo una circunferencia de cerca de seis leguas. El número de habitantes pasa de 220.000, entre los que se encuentran doce mil españoles, tres mil franceses y alemanes, y algunos centenares de ingleses, italianos y norteamericanos.

Pero si México no tiene competidora en regularidad y hermosura, mucho menos conoce rival en la suntuosa arquitectura y en la riqueza de los numerosos templos consagrados al Señor. Santo Domingo, la Merced, San Agustín, la Profesa, San Francisco, San Fernando, la Catedral, el Sagrario y otros cientos que deben colocarse en primera línea en su género son monumentos de indisputable mérito que dan un testi-

monio, el más fuerte, el más poderoso, de la magnificencia de esa elegante capital del Nuevo Mundo y de los ricos minerales de oro y plata que en su seno cuenta la nación mexicana. Ciento quince iglesias, como antes dije, levantan sus gigantescas torres por entre las espaciosas y sólidas casas, como otros tantos centinelas que vigilan constantemente por la conservación de la doctrina del Crucificado. Las procesiones y las funciones de iglesia se hacen con la mayor pompa, con la mayor grandeza, con la más regia solemnidad y con un lujo que excede a cuantas en Europa, sin exceptuar a Roma, se celebran. En los maitines que cada templo suele tener cuando les corresponde, la calle se cubre de luces y vendedoras de todas las frutas, buñuelos y refrescos; y al concluirse aquellos, jamás faltan los fuegos artificiales que se verifican frente a la iglesia y en los extremos de la calle, y que consisten en varios castillos de entretenidos y vistosos fuegos que se queman entre los acentos de la música colocada sobre un lujoso tablado, el ruido de los concurrentes y los aplausos de la multitud.

Los paseos principales son la Viga, bañada por el canal en que bogan continuamente las ligeras canoas de los indios que bajan a la ciudad con las producciones de los pueblecillos de Santanita, Mexicaltzingo y de la ciudad de Chalco; la Alameda, de que hablaré en otro artículo; la Piedad; las Cadenas por la noche; y el de Bucareli, en que está colocada la colosal estatua ecuestre de Carlos IV, obra del inmortal andaluz Tolsá. Esta estatua que representa al rey a caballo tiene el sobresaliente mérito de ser de una sola pieza; el metal que se fundió para hacerla pesaba seiscientos quintales, y en el vientre del caballo cupieron holgadamente veinticinco hombres que entraron por una puerta que de propósito se dejó en la parte superior del anca para trasladarla de la universidad en que se colocó por los años de 24 a 25, esto es, poco después de haberse México hecho independiente de España, al sitio que hoy ocupa; se gastaron cerca de veinte mil duros, lo que prueba la magnitud de tan admirable obra.

Entre otros muchos colegios que honran a esta ciudad, merecen particular mención el Seminario, digno de los mayores elogios por el buen orden que en él reina, San Ildefonso, San Juan de Letrán, el de la Minería y el Colegio militar, de todos los cuales han salido hombres eminentes en ciencias y letras.

No menos digna de elogio es la grandiosa Academia de Pintura, llamada de San Carlos, edificio capaz, claro, ventilado y magnífico, planteado bajo un pie brillantísimo, de donde están saliendo jóvenes muy aprovechados en la pintura y la escultura, y que pasan a perfeccionarse a Italia pensionados por la expresada academia, que, para ayuda de gastos, cuenta con doce loterías al año; una de cincuenta mil duros, y las restantes de veinte mil cada una. Los dignos directores de tan recomendable establecimiento son, de pintura, don Pelegrín Clavé, excelente pintor español de reputación europea; y de escultura el no menos célebre escultor, también español, el señor Vilar, cada uno de los cuales disfruta de un sueldo de tres mil duros, sin contar con lo mucho que, particularmente al primero, le producen los retratos que para las familias principales trabaja. Rivalizando con los colegios antes referidos, está la Escuela de Medicina situada en el soberbio edificio llamado la Inquisición, que es uno de los más notables por su hermosa arquitectura, su elegancia, su capacidad y solidez.

Los cementerios que cuenta son nueve, casi todos de lujo, bien ventilados, con excelentes urnas y deliciosos jardines, cuyos nombres son Santa María, San Fernan-

do, San Diego, San Francisco, el de San Cosme, destinado a los protestantes, Santa Veracruz, los Ángeles, Campo Florido y San Pablo, sin contar otros muchos de inferior orden como San Sebastián, la Candelaria, etc. Tres teatros de primer orden, denominados Santa Anna o Nacional, Iturbide y el Principal, con otros de segundo orden llamados de Oriente, de Nuevo México; y varios de inferior clase conocidos por el del Reloj, Puentequebrado, la Esmeralda, del Progreso, etc. Tres bibliotecas públicas; una casa de moneda la mejor establecida de cuantas se conocen en Europa; dos plazas de toros de considerable valor; diez hospitales, entre ellos el de Jesús, fundado por el conquistador Hernán Cortés y en donde existe el sepulcro de este gran político y guerrero; y varios colegios de niñas entre los que merecen particular mención el de las Vizcaínas, costeadado por particulares vizcaínos y cuya arquitectura interior es el asombro de todos los viajeros que lo visitan. México, además, cuenta con magníficas fábricas de papel; una de paños y casimires que compiten con los franceses; varias de tejidos de algodón; muchas de cristal y loza, y un número considerable de las destinadas a sombreros. Las casas de beneficencia que la adornan son espaciosas y bien ventiladas, siendo notables el Hospicio, la Inclusa, la Casa de corrección, donde hay talleres de todas artes y oficios, y la Penitenciaría, que actualmente está en obra.

En el arte tipográfico y litográfico se han hecho también adelantos muy notables, pudiendo servir de prueba el magnífico álbum que el señor Decaen acaba de publicar en México con las principales vistas de los alrededores y edificios de la capital, y en el cual tuve la honra de escribir algunos artículos descriptivos y de costumbres. Los objetos de plata y de cera se trabajan con una perfección asombrosa; y continuamente traen a Europa los viajeros muchísimas figuras hechas de la segunda.

Respecto a literatura, los mexicanos pueden tener el noble orgullo de contar, entre los antiguos, al célebre poeta Alarcón y a Sor Juana Inés de la Cruz, llamada por los literatos españoles la Décima Musa; más tarde al célebre poeta Navarrete, al gran literato Clavijero, al historiador don Lucas Alemán, al poeta Calderón, aunque no el de la Barca; al acreditado Gorostiza, Sánchez de Tagle, Rodríguez Galván; y en nuestros días al correcto don Joaquín Pesado, Carpio, Guillermo Prieto, Escalante, Anievas, al señor Conde de la Cortina, al señor Lafragua, Sariñana, Arronis, Roa Bárcena, Cuellar, Lacunza, González Bocanegra, Paino, Zarco, Tovar, Sebastián Segura Argüelles y Vicente Segura Argüelles, Quintana Roo, al castizo Ortega, Ribera, Granados Maldonado, Mirón Esteva y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Entre los bien escritos periódicos literarios que se han publicado, y que dan un testimonio claro del talento, saber y gusto de los escritores mexicanos, deben figurar *El Museo*, *El Recreo de las Familias*, *El Liceo*, el *Semanario de las señoritas*, *El Mosaico*, *La Cruz*, *El Álbum*, *La Ilustración* y *El Ateneo*. Este último periódico, en que escribieron personas del más alto mérito, fue planteado en el año 1840 por el primer ministro español que ha ido en aquella república, don Ángel Calderón de la Barca, y el ilustrado señor Conde de la Cortina. En relación con el número de periódicos literarios ha estado y está el de políticos, pues son innumerables los que se publican en la capital, en donde además de los nacionales ven la luz pública dos diarios franceses escritos en su lengua y uno en inglés. Esta inclinación a las bellas letras y el número de escritores que produce aquel país se explica fácilmente diciendo que para solo la

capital de México salen más libros de Francia que para el resto de todas las Américas juntas.

En armonía con la grandiosidad de los edificios, están los mercados, que se hallan perfectamente provistos de todo género de comestibles, pescados, caza, aves de todas especies, frutas de todas las zonas y vistosas flores a que son excesivamente aficionados los habitantes, tanto, que no hay mesa de fonda o de casa particular que no esté adornada con limpias jarras o dorados vasos de exquisitos ramilletes.

El arte de la música está tan adelantado en México que es difícil encontrar una señorita que no toque el piano con bastante perfección y que no cante con gusto y delicadeza las piezas más selectas de las óperas italianas.

El trato de los mexicanos es sumamente afable; y en los bailes, los convites y en todas las diversiones, manifiestan una moderación que cautiva. Las mujeres tienen un atractivo irresistible: a unos ojos negros velados por larguísimas pestañas reúnen una faz blanca rosada que contrasta con el abundante, negro y lustroso cabello peinado con suma gracia; las manos son finas, pequeñas y torneadas; el cuerpo esbelto, y los pies muy pequeños, bien formados y de elevado empeine; su conversación amena, dulce y franca, y sus ademanes todos llenos de señorío y de noble naturalidad.

Tal es la ciudad moderna, la capital de la República Mexicana; veamos ahora lo que fue en tiempo de los emperadores aztecas.

México fue fundada por los aztecas el 18 de julio de 1327. Estos indios que anduvieron errantes y sin domicilio fijo por más de cincuenta años, porque el oráculo les había ordenado que no formaran ciudad ninguna hasta que no hallaran un águila parada sobre una roca; al verse perseguidos por los acolhuas, se dirigieron hacia la laguna que ocupaba una gran extensión del valle. Dirigidos los aztecas por los sacerdotes, al llegar a la orilla de la laguna vieron en un punto seco el Tenuchtlí, esto es, la realización de la promesa del oráculo, y, convencidos de que aquel lugar era la tierra prometida, empezaron a edificar la ciudad, la cual brotó, por decirlo así, de en medio de las aguas, tomando el nombre de Tenochtitlán, que significa *tunal sobre piedra*, en cuya planta se había detenido el águila. La población india en tiempo de la conquista tenía más de ciento veinte mil casas, y los habitantes pasaban de trescientos mil. Las plazas eran muchas y grandes, y en la principal, que estaba rodeada de portalería, asegura Hernán Cortés que se reunían más de sesenta mil personas todos los días.

Cuando los españoles la descubrieron, era opulenta, floreciente y centro del gobierno y de la región. Estaba dividida en calles rectas, espaciosas y bien explanadas, por algunas de las cuales pasaban profundos canales cubiertos de canoas llenas de provisiones para el mercado; pero toda su grandeza, todos sus monumentos desaparecieron cuando los conquistadores se apoderaron de ella. Resuelto Hernán Cortés a apoderarse a todo trance de la ciudad, la combatió con ahínco, y después de un sitio de setenta y cinco días, y de una resistencia vigorosa y desesperada en que perecieron doscientos mil hombres de los sitiados y que honrará siempre a sus defensores, la tomó el 13 de agosto de 1521. Los sitiadores arrasaban las casas a medida que se apoderaban de ellas, y no dejaban piedra sobre piedra que recordara su pasada opulencia.

Después de la toma de la ciudad, los españoles se retiraron a Coyoacán, desde donde dispusieron la reedificación de México sobre las ruinas de la capital azteca.

Para evitar el peligro de las inundaciones por la poca elevación de la ciudad sobre el nivel de los lagos, trataron de reedificar a México en Coyoacán o Tacuba; pero Cortés insistió en que fuese en el lugar de la antigua Tenochtitlán y, prevaleciendo su voto, se empezó a levantar la nueva población sobre los escombros de la antigua, a fines del año 1521.

Sin embargo, los temores de los de contraria opinión al célebre conquistador se realizaron; y las notables inundaciones que acaecieron en los años de 1553, 1580, 1604, 1607 y 1629, en que el agua en ciertas calles llegó a cuatro pies de altura, no pudiendo transitar por ellas sino en canoas, obligaron al Gobierno español a tomar las precauciones necesarias para que escenas tan desagradables no se repitieran. Al efecto se construyeron varios diques de piedra que impiden que las aguas del lago de Zumpango se viertan en el lago de San Cristóbal, y que las de este último entren en el lago de Texcoco. Tales son los diques y esclusas de Tláhuac y de Mexicaltzingo que se oponen a los desbordamientos de los lagos de Chalco y de Xochimilco; el canal llamado de desagüe de Huehuetoca construido en el siglo xvii por el ingeniero español Enrique Martínez, y por medio del cual el río Cuautitlán atraviesa las montañas para dirigirse al valle de Tula; y finalmente dos canales establecidos por Mier en el siglo xviii para el desagüe de los lagos de Zumpango y de San Cristóbal siempre que se considere conveniente.

Dada a conocer en globo y someramente la rica perla del hemisferio septentrional, la ciudad de las ciudades del Nuevo Mundo, seguiré describiendo en los demás artículos aquellos edificios que por su extraordinario mérito merecen ser considerados separadamente, sin olvidarme de los magníficos paseos que hermocean la población, ni de las originales costumbres, dichos y trajes de los habitantes del país en general, y sin separarme un ápice de los límites trazados por la verdad, único termómetro ilustrador que deben consultar los que anhelan tener una idea exacta de aquella bella porción del mundo adonde los españoles, con el estandarte de la cruz, llevaron la Ilustración y las Luces, Ilustración y Luces que allí han fructificado de una manera prodigiosa.